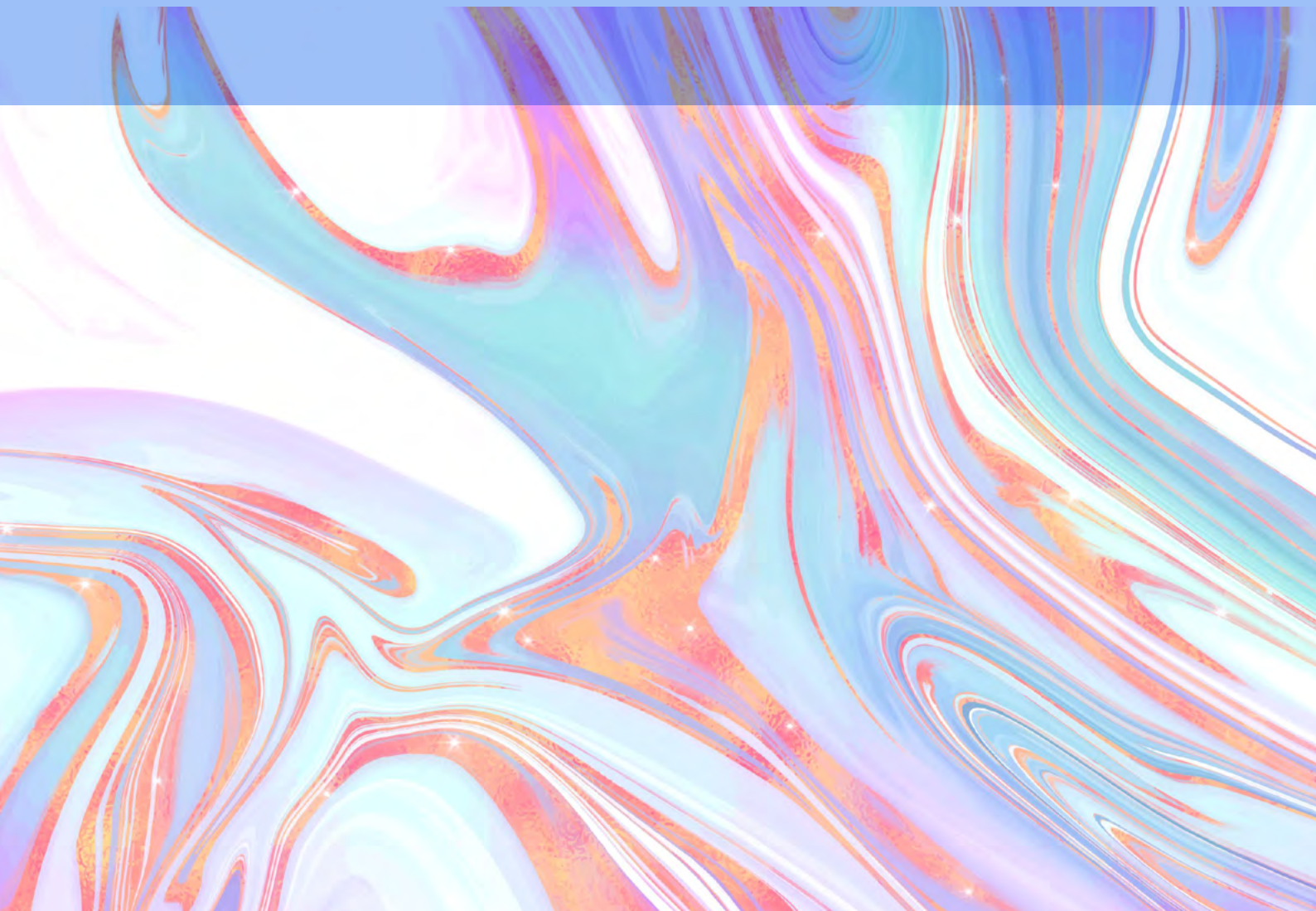


OTRAS MIRADAS

Nobleza solidaria. Un anhelo intemporal

Enrique García-Máiquez



© CIDEAL, 2021

© Enrique García-Máiquez, 2021

Fundación CIDEAL de Cooperación e Investigación

Calle Guzmán el Bueno, 133

Edificio Germania, planta 10

28003 Madrid (España)

Tel.: (+34) 91 553 84 88

Correo electrónico: cideal@cideal.org

www.cideal.org

Diseño y maquetación: Estudio Punto y Coma

Fotografía de portada: Freepik.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización expresa del editor.

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva del autor y no refleja necesariamente la opinión de la Fundación CIDEAL de Cooperación e Investigación.

OTRAS MIRADAS

Nobleza solidaria.
Un anhelo intemporal

Enrique García-Máiquez



Ignoro si el holandés Rob Riemen (1962) previó el éxito mundial que tendría su opúsculo *Nobleza de espíritu. Una idea olvidada* (2008); pero lo tuvo extraordinario, como atestiguan ediciones, traducciones, reseñas, glosas y réplicas de otros escritores. Había conectado con una veta que estaba oculta por la apabullante presencia del igualitarismo contemporáneo. El pensador ofreció a muchísimos lectores atentos la posibilidad de llevar más lejos y más hondo un ideal que él dejaba sutilmente sugerido, apuntado con inteligencia. Despertó un interés que sobrepasaba lo literario o lo histórico y que aspira a recuperar la idea de la nobleza de espíritu. Aquí y ahora, para la vida personal del ser humano contemporáneo, y para que éste, a su vez, la proyecte sobre la vida social, política y cultural.

Es importante explicar, siquiera sucintamente, que la nobleza de espíritu no es un resurgimiento *snob* de las viejas noblezas de sangre; aunque tampoco es, ni mucho menos, lo contrario, como a veces, llevados de un pudor excesivo, se declara intempestivamente, restando atractivo a una metáfora encantatoria. En realidad, ambos son distintas manifestaciones históricas de una constante humana: la aspiración a la excelencia, el sentido que ciertas jerarquías encierran, el atractivo de la aventura, la belleza del bien, etc. Ya Sócrates asumió la aristocracia social de los atenienses para darle un giro interior y convertirla en el cuidado del alma de cada cual. Esa aspiración —más o menos reconocida en la sociedad— acompaña al ser humano allá por donde va. E inesperadamente, estamos en un período donde esa llamada vuelve a resonar con fuerza en muchos espíritus despiertos.

Ocurre así porque esa llamada no es algo propio de momentos históricos ya superados, sino una realidad intemporal, viva, que, de un modo u otro, se nos hace presente. Se trata de una aspiración innata del ser humano, independien-

temente de que, para designarla, se utilicen unas u otras palabras, de que se la reconozca, o hasta de que expresamente se la ignore.

Tiene, por tanto, especial pertinencia plantearnos qué puede aportar la nobleza de espíritu al ejercicio de la solidaridad, que es otra de las grandes aspiraciones intemporales, con un atractivo paralelo para las mujeres y hombres comprometidos actualmente con ella y que se canaliza, en buena parte, mediante iniciativas y proyectos sociales o a través de la cooperación internacional para el desarrollo. Ambos ideales, la nobleza y la solidaridad, apelan a lo mejor del ser humano. ¿Cabe una confluencia entre esos sendos anhelos del espíritu? ¿O son independientes o, incluso, contradictorios, por lo que uno implica de cuidado del alma propia y el otro de afán por volcarse en los demás y atender a sus necesidades más perentorias?

Para responder a esta pregunta, empezaremos por lo que Riemen estratégicamente elude: definir la nobleza de espíritu. Sólo teniendo claro el concepto podremos sopesar sus aplicaciones. De todas las posibles definiciones, una parece especialmente atinada por su carácter atemporal, y no es extraño, pues se la debemos a Dante Alighieri (Florencia, 1265-Siena, 1321), el clásico más eterno.

Según demuestra su gran biógrafo Marco Santagata, el interés de Dante por la nobleza es un hilo rojo que atraviesa toda su obra, tanto la poética como la filosófica, y que le otorga una implícita unidad. Si sumamos a ese intenso interés, su incomparable talento, es lógico que diese, en la *Divina Comedia*, con una definición ajustadísima de lo que es la nobleza de espíritu.

Dante expone la nobleza de espíritu

Son los versos 118-120 del canto XXVI, del *Inferno*. Virgilio y Dante se encuentran con la doble llama de fuego que ahora son las almas de Ulises (más alta) y Diomedes. Los viajeros de ultratumba, como acostumbran, preguntan a Ulises la razón de su condena, y él cuenta su historia. Dante no repite la *Odisea*, sino que imagina a Ulises a partir del final del gran poema de Homero. Escribe lo que, en términos actuales, llamaríamos una secuela. Ulises, en vez de conformarse con la armoniosa vida de su Ítaca recuperada, «originó algo esencialmente noble», según el comentario de Borges. El héroe «llama a sus compañeros y les dice que, aunque son gente vieja y cansada, han atravesado con él miles de peligros. Les propone una empresa majestuosa: cruzar las Columnas de Hércules, atravesar el mar y conocer el hemisferio austral. Y ellos le siguen y hacen *alas de sus remos*». Para conminar y dar ánimos a sus remeros en el peligroso viaje les exhorta con la que consideramos nuestra definición de nobleza de espíritu:

*Considerate la vostra semenza:
fatti non foste a viver come bruti,
ma per seguir virtute e canoscenza.*

Versos que en traducción de Abilio Echeverría rezan:

No olvidéis vuestra estirpe y nacimiento:
para vivir cual bestias no se os hizo,
sino para alcanzar virtud y conocimiento.

Desentrañaremos la definición precisa que Dante expuso en estos versos, pero la prueba de que en ellos se encierra el secreto y la fuerza de la nobleza de espíritu es casi contemporánea y profundamente vivencial. En el infierno de Auschwitz, llamado con precisión *anus mundo*, esas palabras de Ulises brillaron con una potencia salvífica. Primo Levi se las sabía de memoria, y él y su amigo Jean Samuel se las recitaban obsesivamente. Los prisioneros, gracias al terceto, no olvidaron en la circunstancia más bestial posible que eran depositarios de la dignidad inherente a su condición de seres humanos. Los versos sostuvieron la conciencia de la nobleza de los dos maltratados y desnutridos reclusos y, por tanto, su autoestima y su moral. Por ellos, salvaron la vida. Pero ¿cómo?, ¿qué les decían —qué dicen— esas pocas palabras verdaderas? Veámoslas casi una a una, por dentro.

Lo primero que el Ulises de la *Divina Comedia* exige a sus compañeros es «*Considerate*», el imperativo intelectual por excelencia: «¡Reflexionad!» Cuando el filósofo ilustrado Immanuel Kant nos exhorta a «*Sapere aude!*» (Atrévete a pensar), recoge —conscientemente o por afinidad de espíritu— un eco dantesco.

Y ¿sobre qué pide Ulises (Dante) que se considere? Sobre «vuestro origen», esto es, sobre vuestra genealogía, o «estirpe», según traduce Echeverría, lo que ya es materia genuinamente aristocrática en el imaginario popular y literario. La nobleza en su más amplio sentido es heredada, aunque ello siempre conlleva una conquista en cuanto que exige el esfuerzo por estar a la altura de la herencia recibida. Para la nobleza de espíritu, esa exigente genealogía, ese origen, es la estirpe humana. Abolengo más antiguo, imposible. Y, dentro de la estirpe humana, destacan especialmente las grandes figuras históricas, intelectuales o artísticas, que nos han dejado un ejemplo de vida acorde a la bondad, la verdad y la belleza.

Por eso Dante aclara a renglón seguido que «no fuisteis hechos para vivir como animales», que es una frase con doble llama. Por un lado, constata que la naturaleza humana es en sí misma nuestra semilla ennoblecedora, pero también que esa aristocracia deviene (según el católico Dante) de Quien nos hizo (el «fuiste

hecho» remite directamente a una creación). Lo cual queda apenas apuntado, porque, enseguida, se nos explica dónde reside en acto esa nobleza de espíritu que todo hombre tiene en potencia: en «aspirar a la virtud y al conocimiento». Otra doble llama que ilumina y alienta esa vocación hacia lo mejor de lo humano: a la vida buena —virtud— y a la vida sabia —conocimiento— o, mejor dicho, a aspirar a ellas mediante la recta voluntad y el fino entendimiento.

A partir de una definición tan completa de la nobleza de espíritu, podremos entender mucho mejor sus relaciones con la solidaridad. Serán íntimas.

¿Un silencio fatal?

Sin embargo, ¿no echamos de menos en las palabras de Dante una mención al tema que nos ocupa? ¿Acaso no ha venido siendo una característica clásica de la auténtica aristocracia o del señorío bien entendido su dedicación a la solidaridad?

Naturalmente, subrayamos: no deja de ser otra herencia de su estirpe. Ya en el mito artúrico, origen estilizado y esencial del ideal aristocrático eterno, el juramento que exige el mago Merlín a los nuevos caballeros en el momento fundacional de la Tabla Redonda contiene, además de las obvias exhortaciones a la virtud, al valor y a la justicia, una extensa llamada de apoyo a quien lo necesite. Recojamos esa parte de su juramento según la versión de sir Roger Lancelyn Green en *El rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda* (Siruela, 2018):

(...) Si no lo hacéis así, no os volváis a sentar a esta Mesa. Prestad siempre amparo a damas y a doncellas, socorred a las viudas y dueñas que os lo demanden, abandonadlo todo para enmendar los agravios que pueda sufrir mujer alguna en el mundo y nunca, bajo pena de muerte y desgracia eterna, ofendáis a mujer alguna, ni sufráis que sea afrentada.

La disposición a batirse por quienes puedan sufrir cualquier tipo de abusos es una constante histórica de la caballería. Atraviesa los siglos e inspira a todos quienes, de una forma u otra, se han sentido identificados con esa manera de expresar el sentimiento de nobleza.

Y en una serie claramente postmoderna e iconoclasta, como *Juego de Tronos*, cuando en la temporada 8, capítulo 2, Brienne de Tarth realiza su soñado y emocionante juramento de caballería, se invocan de nuevo, como en las leyendas artúricas, los intemporales valores de la lealtad y el valor orientados a la defensa decidida del desvalido. Es el momento culminante, además, en la

trayectoria de un personaje que sabe ganarse el corazón de los seguidores de la serie. Así reza el juramento:

En nombre del Guerrero, os encomiendo ser valiente. En nombre del Padre, os encomiendo ser justa. En nombre de la Madre os encomiendo defender a los niños y a los inocentes.

La reivindicación actual de la nobleza de espíritu ni puede ni debería dejar en el olvido esta condición tan esencial de su naturaleza. ¿Cómo es posible, entonces, que no esté contenida en la que estamos proponiendo como la mejor definición de nobleza de espíritu de todas las existentes? Sería una ausencia fatal. Pero sí que está, y en un lugar principalísimo y hasta por partida doble, sólo que magistralmente velada. Dante la esconde en una acción, porque la solidaridad son obras y no buenas palabras; y todavía más, la esconde en una orden imperiosa.

La fraternidad y el sostén al prójimo laten en la primera frase de la definición. Cuando Ulises conmina a sus compañeros con toda la autoridad del gran protagonista homérico y con toda la fuerza del héroe de Troya: «Considerad».

Usted es el duque de Norfolk

Regresemos de nuevo a la escena dantesca: Ulises exige a sus compañeros que consideren su naturaleza, hecha no para vivir como animales, sino para perseguir la virtud y el conocimiento. Podemos diferenciar en su breve discurso hasta tres etapas o categorías: primero, da a conocer a sus interlocutores su nobleza innata; segundo, se la reconoce; y, en tercer lugar, se la exige.

Sobre el conocimiento de la nobleza del ser humano, sea quien sea, ocupe el lugar que ocupe en la escala social y esté atravesando por cualquier vicisitud vital o socioeconómica, Dante lo ha dejado claro: «Considerad vuestro origen, *vostra semenza*». La idea de Dante es paralela a la del autor de *La consolación por la filosofía*, Boecio (480-524), que supo decirlo en un claro latín: «*Si primordia vestra autoremque Deum spectes, nullus degener existat*»: «Si miráis a vuestros orígenes y a Dios como vuestro creador, nadie hay inferior».

En nuestros tiempos menos confesionales, no se ha perdido esta dignidad inherente a la naturaleza humana. O, mejor dicho, las democracias correctamente entendidas, son herederas legítimas de esa concepción. La dignidad del ciudadano es altísima y nadie es inferior a nadie. Cada persona es un voto, se concreta, pero porque cada persona está idealmente llamada en plena igualdad al gobierno de la *polis*, como los señores griegos de Atenas, nada menos. El

gran escritor inglés Chesterton lo entendió en su plenitud. Por eso, no podía aceptar de ninguna manera que el hallazgo de la democracia consistiese, como se dice, en que el duque de Norfolk sea como todo el mundo, en vez de que todo el mundo sea como el duque de Norfolk. El ducado universal es algo mucho más plena y esplendorosamente democrático.

Este concepto elevado de dignidad humana —el cimiento de la nobleza de espíritu— sostiene la solidaridad entre los hombres. La historia no deja margen de duda. La filósofa ecuatoriana Corina Dávalos nos ha recordado como «los grandes fracasos de la historia de la humanidad proceden de negar la dignidad incondicional e inexpropiable de cada persona humana».

Es la gran confluencia entre la nobleza y la solidaridad. Sin reconocimiento de una inalienable dignidad humana no puede haber ni nobleza de espíritu ni verdadera solidaridad. El Ulises de Dante lo sabía bien. La dignidad humana es el Caballo de Troya que hay que introducir dentro de las murallas aparentemente inexpugnables de la mayor injusticia, de cualquier situación desesperada o hasta de tantos amodorramientos mediocres.

Pero no basta con explicarla al interesado, hay que reconocérsela. Ese reconocimiento es, ni más ni menos, el concepto de honor. Lo es incluso para nuestros más puntillosos clásicos: «Honra es aquella que consiste en otro./ Ningún hombre es honrado por sí mismo/ que del otro recibe la honra un hombre», explica Calderón en *Los comendadores de Córdoba*. Menéndez Pelayo enseñaba: «La honra, por su parte, aunque se gana con actos propios, depende de actos ajenos, de la estimación y fama que otorgan los demás».

El honor o la honra pueden sonar como conceptos añejos y quizá sus nombres han caído en desuso o, peor aún, en las páginas de las novelas históricas y las películas de época. Sin embargo, el ser humano sigue teniendo una idéntica necesidad antropológica (psicológica y social) de reconocimiento por parte de sus semejantes. Con el nombre que sea o sin un nombre específico, el reconocimiento de su dignidad es una necesidad básica.

En algunos casos (en los más desvalidos) no será sólo una constatación de lo obvio, sino podrá ser también una declaración prácticamente performativa. Al reconocer la dignidad se la estará descubriendo o se estará contribuyendo a que quien no sabía o no recordaba que la tenía se la reapropie y haga suya. En esa dirección señaló Charles Dickens: «Hay grandes hombres que hacen a todos los demás sentirse pequeños. Pero la verdadera grandeza consiste en hacer que todos se sientan grandes». Goethe había dado un paso similar en su defensa de la mirada apreciativa. El maestro alemán aconsejaba: «Trata a un

hombre tal como es, y seguirá siendo lo que es; trátalo como puede y debe ser, y se convertirá en lo que puede y debe ser».

No hablamos de un apoyo de supervivencia económica o de satisfacción material, sino de supervivencia personal, ética y hasta ontológica. La practicaba Juan Ramón Jiménez, defensor acérrimo de «la aristocracia de intemperie» cuando rememoraba que él nunca había puesto poesía en su trato con los demás sin que éstos más pronto que tarde le hubiesen devuelto poesía. En este contexto, es donde la advertencia del premio Nobel Alexander Solzhenitsyn adquiere toda su trascendencia: «Hemos puesto demasiadas esperanzas en las reformas políticas y sociales, para encontrarnos con que hemos sido privados de nuestra más preciosa posesión: la vida espiritual». Devolvémosla unos a otros —sosteniéndonos entre todos en la altura de nuestra verdadera dignidad— es tal vez la hazaña que, como diría don Quijote, nos tenían reservada los siglos.

Nobleza exige

En el concentrado e intenso terceto dantesco, el conocimiento y reconocimiento de la nobleza del otro tienen —adelantábamos— una tercera dimensión: la nobleza se exige. El viejo adagio dice «*Noblesse oblige*»: la nobleza obliga a unos comportamientos y actitudes acordes. En consecuencia, la que se reconoce en el otro, esperando que la asuma, conlleva una exigencia implícita.

Y, de hecho, hasta que no se interiorice esa exigencia, no será una nobleza completa, que obligue por su cuenta y riesgo. Hasta entonces será necesario ejercer una demanda que movilice, como Ulises incitó a sus compañeros. Con la conciencia tranquila, además, porque esa exigencia es otro regalo: un paso imprescindible para el corolario del ennoblecimiento total. No otra cosa hace Beethoven con sus oyentes, según explica magistralmente Wilhelm Furtwängler en *Conversaciones sobre música* (Acantilado, Barcelona, 2011):

Lo toma (al oyente) tan en serio como a sí mismo. También puede decirse que Beethoven no sólo presupone al oyente que tiene el valor requerido, sino que lo estimula. Por eso, toda interpretación correcta de una obra beethoveniana crea, hablando en un plano ideal, una especie de comunidad.

Esta postura permite entender a Charles Baudelaire cuando aconseja la que, a sus ojos, sería una actitud verdaderamente humanitaria para con los mendigos y que, sin embargo, al no avisado lector puede escandalizarle (como, por otra parte, también pretende el gran poeta maldito). Nos conmina a no darles de primeras una moneda, porque eso —explica— conlleva hacerles sentir quién

tiene el poder. Mejor agarrarlos, golpearlos y ser golpeados por ellos y devolverles, así, su verdadera dignidad, porque los hemos considerado dignos de ponerles y de que nos pongan la mano encima... La clave de la cita baudelariana estriba en que el mendigo de su relato termina pegándole:

El decrepito malandrín se me echó encima, me hinchó ambos ojos, me rompió cuatro dientes, y con la misma rama [con la que Baudelaire le había golpeado] me sacudió leña en abundancia. Con mi enérgica medicación, yo le había devuelto el orgullo y la vida.

El orgullo y la vida: la idea de fondo de Charles Baudelaire (que nunca se conforma con la fácil provocación) es la importancia de tratar a los que ayudamos superando el mecanismo aséptico y automatizable de la ayuda material. Como afirma: «Sólo es igual a otro quien lo demuestra, y sólo es digno de libertad quien sabe conquistarla». Un peligro latente de ceñirse a la ayuda material, sería olvidar el imprescindible plus que sutilmente incorpora la nobleza del espíritu. Por eso, Baudelaire concluye su aventura confirmando al que era un mendigo en su reconquistado señorío y en su nueva condición de benefactor ganada a pulso. Las negritas (muy importantes) son mías; las frases, la culminación del texto de Baudelaire:

¡Señor mío, es usted **igual a mí! Concédame el honor de compartir conmigo mi bolsa**; y acuérdesese, si es **filántropo de veras**, de que a todos sus colegas, cuando pidan limosna, hay que aplicarles la teoría que he tenido **el dolor** de ensayar en sus espaldas.

Hay muchos apoyos sociales que resultan urgentes y necesarios, pero ninguno debe dejar de ir acompañado del conocimiento, del reconocimiento y de la exigencia que emana del señorío de cada cual. Todo el que ha ayudado a alguien alguna vez sabe que nada es más importante, natural y alegre que establecer un clima previo de confianza, camaradería y de igualdad compartida en lo superior.

Nobleza es darla

La escena que tan magistralmente describe Dante tiene otro secreto que nos servirá para culminar este análisis de los vasos comunicantes entre la nobleza de espíritu y la entrega solidaria. La nobleza del mismo Ulises no radica en su principado de Ítaca, sino en el acto de orientar y alentar a sus compañeros. La nobleza se adquiere cuando se da. Lo experimentan, sin verbalizarlo, esas

personas que se entregan a los demás y son generosas con su tiempo, con su talento y con su dinero.

Álvaro d'Ors, el insigne romanista, lo cinceló en un terso adagio latino: «*Est qui dat, habeat quid accipit*»; o sea, «El que da, es; y el que recibe, tiene». Que se aplica como un guante a nuestro caso, porque noble es el que otorga y reconoce al otro la nobleza que ya tiene.

Con un lenguaje mucho más popular, lo cantó Antonio Machado:

Moneda que está en la mano
quizá se deba guardar:
la monedita del alma
se pierde si no se da.

Y sellaba el argumento el argentino Antonio Porchia con un aforismo tan breve como hondo: «Los que se levantan para levantarse y no para levantar, no comprendo por qué se levantan».

Todo esto nos permite entender mucho mejor por qué alguien con tan grandes inquietudes sociales y de un origen tan humilde como el premio Nobel francés Albert Camus (1913-1960) manifestó a menudo un interés muy particular en la nobleza de espíritu. Hasta el punto de soñar con escribir un libro titulado *Breve tratado de moral práctica o (por provocación) de aristocracia cotidiana*.

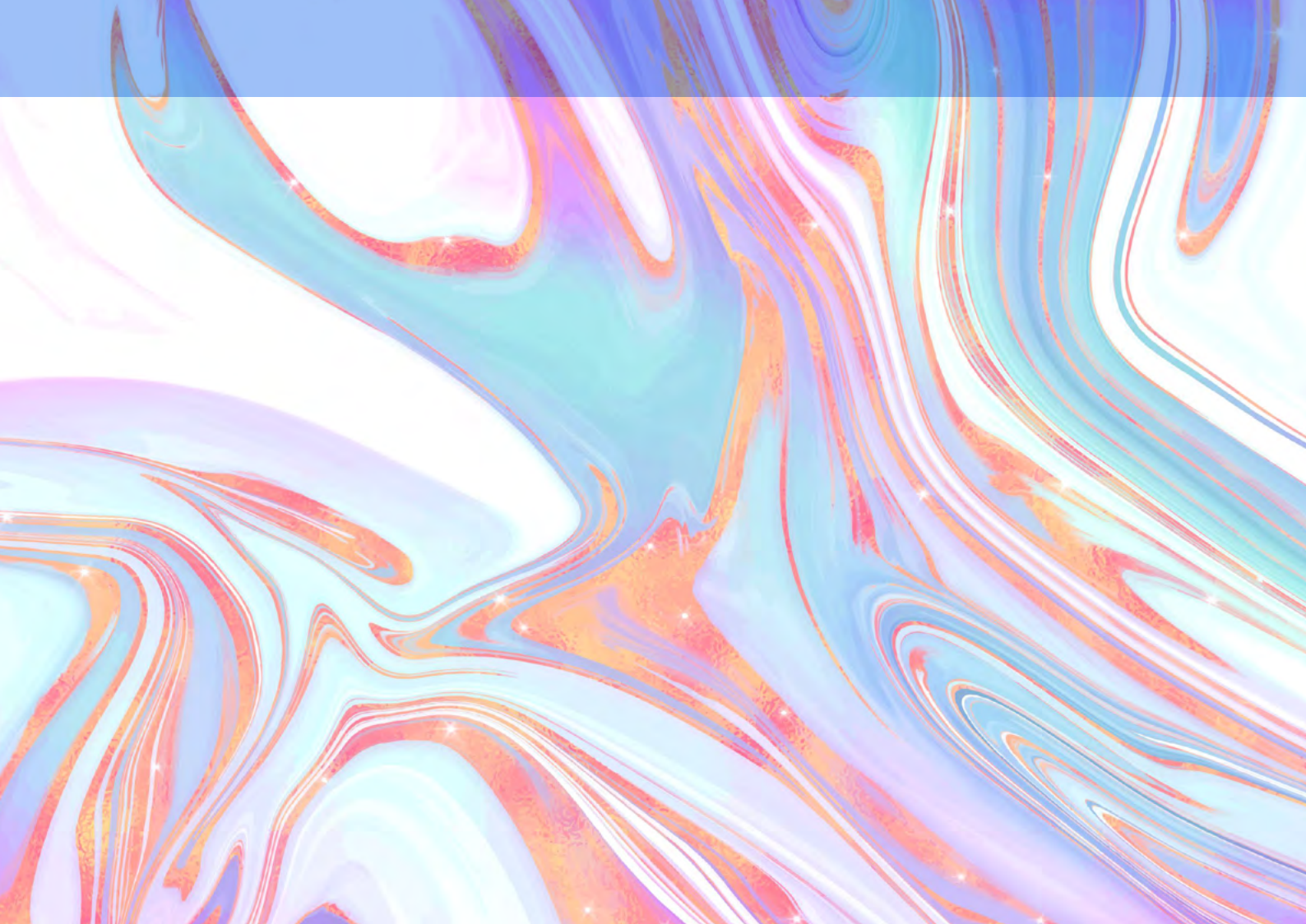
Expresaba su anhelo con esta contundencia: «Este mundo se mueve tanto —como un gusano al que cortan en pedazos— porque ha perdido la cabeza. Busca a sus aristócratas». Obsérvese que esos aristócratas no han de serlo por recrearse en una supuesta superioridad, sino porque el mundo les necesita. Camus tenía claro el espíritu de servicio en que consiste la auténtica aristocracia.

Lo explica resaltando valores inherentes a la nobleza de espíritu como el esfuerzo y la entrega: «Por más que pretenda otra cosa, el siglo anda buscando una aristocracia. Pero no ve que para ello necesita renunciar al objetivo que se fija como principal: el bienestar. No hay aristocracia sin sacrificio. El aristócrata es, en primer lugar, el que da sin recibir, el que se obliga. El Antiguo Régimen murió por olvidar esto».

Dante, mucho más antiguo que el Antiguo Régimen, no lo olvidó. Su Ulises arranca a sus compañeros de la comodidad conformista de sus plácidas costumbres en Ítaca. Incluso el final desgraciado de su aventura (mueren todos

nada más culminar el glorioso descubrimiento del otro hemisferio) es un símbolo de la necesidad de entregarse a un destino que asume el sacrificio.

Del mismo modo, contra el tópico de la ociosidad y el lujo, Camus, intelectual comprometido, sólo podía concebir dos aristocracias: «La de la inteligencia y la del trabajo». Con la particularidad de que habrán de ir unidas: «Pero la inteligencia sola no es una aristocracia. Ni el trabajo solo». Se necesitan, completándose. Así podrán cumplir la misión que tan claramente ve Camus que necesita el mundo. A los demás hemos de darle lo mejor. Si nos queremos dar, habremos de ofrecer lo excelente de nosotros mismos. Ese es el sentido intemporal de la auténtica nobleza.



Calle Guzmán el Bueno, 133
Edificio Germania, planta 10
28003 Madrid (España)
Tel.: (+34) 91 553 84 88
Correo electrónico: cideal@cideal.org
www.cideal.org